

PISTAS PARA LA INCORPORACIÓN DE NUEVAS ESTRATEGIAS Y METODOLOGÍAS DE ACCIÓN EN EL TRABAJO SOCIAL

David Mustieles Muñoz

Diplomado en Trabajo Social. Psicoterapeuta Familiar

Director Técnico de Grupo 5 Acción y Gestión Social, s.l.

PALABRAS CLAVE: Oler, olisquear, olfatear, cambio, adaptación, eficiencia

RESUMEN: El autor relaciona diversas funciones del sentido del olfato con los procesos de cambio que suponen la incorporación de nuevos elementos metodológicos. Defiende la tesis de que sólo la incorporación continua de nuevos y contrastados elementos metodológicos, científicos y técnicos puede garantizar la supervivencia de una disciplina

1. INTRODUCCIÓN

El generoso marco de flexibilidad que me ha ofrecido la Organización del Congreso para abordar este tema y el marco en el que debemos desenvolverse, el sentido del olfato, me incitan a introducir el tema con un falso dilema: ¿Necesita el olfato el Trabajo Social o el olfato necesita un trabajador social?

2. DEL SOCORRO DE LOS POBRES AL SOCORRO DEL OLFAUTO

La segunda cuestión tiene más fácil y rápida respuesta: ¡Por supuesto que el olfato necesita un trabajador social! Permítanme defender brevemente dicha tesis, lo cual ha de servirnos como puente para abordar el papel del olfato en la incorporación de nuevas estrategias y metodologías de acción.

Sin ánimo de establecer ninguna dinámica competitiva con los restantes sentidos, con los que formamos equipo, debemos decir que los del olfato parecemos ser unos pobres desgraciados.

Evolutivamente fuimos desplazados por la vista, con sus ojitos moviéndose al frente de la cabeza, lo que hizo más pequeña nuestra nariz y bulbo olfatorio y redujo nuestras capacidades en el sistema global de los sentidos.

El oído nos adelantó por la izquierda, fundamentalmente con la conquista universitaria, reino en el que reina.

El gusto tiene como socio estratégico al placer y además está suficientemente protegido por simples fórmulas sociales, “No muy amable, acabo de desayunar”, “No muchas gracias, siempre lo hicimos así”.

El tacto tiene unos marcos de referencia jurídicos, éticos y técnicos que limitan bastante su acción en la vida cotidiana. Y suponemos que la condición de persona universitaria será suficiente para garantizar un mínimo de equilibrio en la gestión cálida y de calidad que haga en sus redes y relaciones profesionales.

Así que así estamos los del olfato, reducidos en volumen y funciones, excluidos de los foros hasta hoy y con escasa o nula protección en la vida cotidiana. Los contextos son los que son y algunos trabajadores y trabajadoras sociales experimentan el rigor olfativo que les imponen sus situaciones de trabajo; sirva esta línea como homenaje a los y las profesionales que se ven obligados a ver las ventajas del hecho de tener un resfriado.

Vilipendiado de partida y por todos los frentes, ¿para qué entretenerte en, siquiera, hablar del olfato?

Mandémosle un trabajador social y resolvamos de una vez por todas la segunda pregunta. Pasemos a la primera pregunta, ¿Necesita el olfato el Trabajo Social?

3. INCORPORACIÓN DE LO NUEVO Y OLFATO

Insistiendo en que no existe ánimo competitivo alguno, la respuesta a esta pregunta parte de unos datos diferentes a los utilizados en el punto anterior para dilucidar si teníamos que socorrer al olfato.

Ahora partimos del hecho de que nuestra nariz puede detectar más de 10.000 olores distintos y de que tenemos más de 50 sensaciones olfativas primarias, mientras que el gusto sólo registra cuatro sabores (dulce, agrio, amargo y salado). La mirada registra sólo tres colores básicos (amarillo, azul y rojo) y además tiene encima a los constructivistas radicales diciéndole que no saben si lo que ven está cuando dejan de mirar.

Es fantástico disponer de todo este magnífico potencial de partida, ya que el olfato, como veremos en el siguiente punto, debe asumir responsabilidades de máximo nivel en el proceso de incorporación de nuevas estrategias y metodologías de acción.

Antes de señalar el papel que le corresponde al olfato en dicha tarea, dedicaré un breve espacio a reforzar la pertinencia y relevancia del asunto.

En mi modesta opinión el tema ha sido, es y será cada vez más pertinente. La celeridad y aceleración de los ciclos sociales, poblacionales, económicos, medioambientales, etc. fuerzan y forzarán cada vez más una profesión ágil dotada de estrategias y metodologías que den respuestas eficientes a lo que nuestros grupos de interés (usuarios/as, clientes, organizaciones, colegios profesionales, sociedad....) demandarán de modo cambiante en ciclos de tiempo probablemente cada vez más cortos.

Pretender que lo de siempre servirá para siempre tiene el mismo acierto que Thomas Watson, presidente de IBM afirmando en 1943 “Creo que hay un mercado global para tal vez cinco ordenadores”.

Es un placer recordar a Charles Darwin el año en que celebramos el 150 aniversario de la publicación de “El origen de las especies”. Como bien demostró, al final las especies que sobreviven no son las más fuertes ni las más inteligentes, sino aquellas que se adaptan mejor al cambio.

Si entendemos la adaptación al cambio como nuestra capacidad de dar respuestas eficientes a las demandas de nuestros grupos de interés, adaptarnos es y será una cuestión de supervivencia. Además de ser una obligación ética (Código Deontológico, *Artículo 45.- Los Diplomados en Trabajo Social/Asistentes Sociales tienen la obligación de contribuir al desarrollo de su profesión con el fin de responder adecuadamente a las nuevas necesidades sociales*. Texto aprobado por la Asamblea General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales en su sesión extraordinaria de 29 de mayo de 1999).

Hoy puede que lo que estamos llamando innovación tenga un valor añadido en la organización en la que trabajamos y/o en sistemas sociales más amplios. Pero bien puede ocurrir que eso que hoy es un valor añadido pase en breve tiempo a ser un mínimo exigible, una exigencia de supervivencia, por lo que para aportar un nuevo valor añadido a la organización o al sistema hay que reinventarse continuamente.

Aceptado el inevitable proceso de cambio interno, que exige incorporar lo nuevo, desconocido y a veces amenazante, y abandonar parte de lo viejo que tanta seguridad proporciona, es lógico que surjan miedos y fantasías más o menos ajustadas a la realidad.

No es difícil detectar dos polos opuestos y extremos, entre los cuales existe una gran variedad de tonos intermedios en los que nos ubicamos trabajadores/as sociales.

En un extremo podemos encontrar, como actitud predominante, un aperturismo feroz y descontrolado a cualquier elemento teórico-práctico gestado fuera del ámbito del trabajo social. En no pocas ocasiones esto esconde un desencanto

y resentimiento hacia la propia disciplina del trabajo social y fácilmente lleva a una mayor o menor disolución o pérdida del rol profesional.

La actitud fundamental que preside el extremo opuesto se caracteriza por la cerrazón categórica y sospecha paranoica ante todo aquello que no provenga directamente del trabajo social. Poco aportan ambas posiciones, tanto al conjunto de las Ciencias Sociales en general como al trabajo social como disciplina en particular. Y aunque la gran mayoría de los profesionales nos ubicamos en un término medio de la línea que definen estos polos opuestos, también es justo tratar de entender dichas posiciones.

No es de extrañar el desencanto que he señalado en el caso del aperturismo feroz y descontrolado, pues como colectivo y durante gran parte de nuestra corta historia, se nos ha considerado y exigido ser agentes de cambio; mientras esto ocurría, cabe hacerse dos preguntas: ¿cuánto se nos ha enseñado y hemos aprendido respecto a cómo facilitar el cambio? Y ¿cuánto hemos creído y sostenido la idea de que los recursos y prestaciones *per se* son suficientes?

En cuanto a la cerrazón categórica, si bien es elogiable el intento último que hace por definir y preservar la identidad de la profesión, termina por ser disfuncional al negar áreas de conocimiento que la propia disciplina no puede generar.

Incorporar lo nuevo no tiene porqué significar necesariamente un ataque a los elementos profesionales que nos estén proporcionando seguridad de cualquier tipo: principios, postulados, códigos de ética, marcos profesionales, declaraciones, lo que nosotros nos creemos que tiene que ser el Trabajo Social, etc.

Seguramente el olfato tiene la conexión más privilegiada con las estructuras que gestionan la memoria y el preconsciente, de ahí que el olfato tenga, entre los sentidos, la máxima capacidad evocadora. Y será esa capacidad de poder acceder rápidamente al pasado, a las escenas fundadoras y creadoras de la profesión, lo que nos permitirá estar protegidos en el proceso de incorporación de lo nuevo.

Pero no es suficiente; después de todo, la más eficiente máquina de procesar alimentos, el más voraz y feroz, Mr. Tyrannosaurus Rex, tenía el mejor sistema olfativo de todos los dinosaurios carnívoros y pensando en el largo plazo no le sirvió ni para oler sus propias cenizas.

Entonces, ¿tiene algo más que ofrecernos el olfato? Por supuesto. En realidad el olfato permite desarrollar tres funciones diferenciadas.

La primera y más evidente, oler, de la que ya rescatamos sus penurias al pedir socorro. La segunda olisquear, que es la que nos permite husmear con curiosidad en lo nuevo, a la búsqueda de algo que mejore lo presente, y la tercera olfatear, función que si se desarrolla con ahínco, empeño y viva curiosidad permite descubrir lo disimulado, lo encubierto, lo que mayores probabilidades tiene de ocurrir, el derecho social que comienza a despuntar tímidamente, el nicho de trabajo que se intuye, la nueva exigencia técnica que viene.....

Nuestro balance es bueno; tenemos dos funciones que podemos manipular en un alto grado, olisquear y olfatear, frente a una función de la que recibimos casi todo dado e impuesto por las circunstancias, oler.

4. PISTAS PARA OLISQUEAR Y OLFATEAR

Olisquear es la función del olfato que nos permite husmear con curiosidad en lo nuevo, a la búsqueda de algo que anda por aquí y que intuimos puede mejorar lo que ya tenemos y utilizamos.

Se olisquea sobre el presente y para mejorar, sobre todo, nuestra técnica.

Hay dos pistas fundamentales para olisquear en condiciones; la primera es aceptar que el triángulo de la intervención social, el que formamos entre nuestra persona, nuestra profesión y las situaciones que, fruto de dicho rol, debemos abordar, es un triángulo que puede beneficiarse de elementos de muy diversa procedencia. Respecto a esto no he encontrado mejor

recomendación operativa que la realizada por el psiquiatra argentino Enrique Pichon-Rivière: "...hay que pertrecharse por todas partes. Todo aquello que es capaz de producir un cambio es lo que hay que tomar, provenga de cualquiera de las ciencias o del arte... Personalmente, considero que mis contactos con la cultura guaraní, mi conocimiento de los quilombos (prostíbulos) y de la vida nocturna de Buenos Aires, como mis estudios sobre Lautréamont y Artaud y mi amistad con Roberto Arlt, por ejemplo, me han sido muchas veces tan útiles para enfrentar la enfermedad como mis conocimientos sobre Freud o la medicina en general. Lo contrario, o sea moverse en comportamientos estancos, es negarse, anticipadamente ya, a conocer al hombre... Además, esa falta de visión totalizadora ha provocado una crisis de acción en numerosas ciencias y especialidades" (Zito, 1976: 80).

También podemos echar mano de otro tipo de sugerencias, normativas incluso ya que como establece nuestro Código Deontológico en su *Artículo 49*, “*el diplomado en trabajo social/ asistente social debe promover el intercambio de conocimientos, experiencias e ideas con todos los colegas y con profesionales de otras disciplinas, con el propósito de enriquecerse mutuamente y mejorar la intervención social.*”

La segunda pista dice que el airecillo del conocimiento no pasará por nuestras puertas y se detendrá pacientemente a que salgamos inspirados a hacer unas cuantas inspiraciones. El aroma de la comida del vecino puede resultar más o menos invasivo de nuestro espacio y aunque de vez en cuando se merezca un “huele que alimenta”, su real aporte nutritivo no pasa de la categoría de simbólico. Todo esto se refiere al esfuerzo que lleva implícito el acto de olisquear.

Quiero insistir aquí en algunas ideas, que si bien ya han sido expuestas en otro espacio, engarzan a la perfección con el resalte que deseo hacer del esfuerzo personal requerido en el proceso de incorporación de nuevas estrategias y metodologías de acción. No podemos olvidar que muchas realidades con las que trabajamos son tremadamente complejas, por lo que intervenir en y con esas realidades es un proceso complejo y difícil; requiere unos conocimientos

muy amplios de tipo general y específico, habilidades perceptuales, conceptuales y de análisis, capacidad técnica, capacidad para soportar la ambigüedad, la confusión, la falta de estructura, la frustración que produce el fracaso, cierta estabilidad personal, familiar y social, etc.

¿Cómo podrían parecernos sencillas gran parte de las realidades que se nos presentan y en las que nosotros, profesionales, tomamos parte? ¿Cómo nos pueden parecer sencillos los fenómenos de la violencia familiar, la inmigración, la enfermedad mental crónica, la pobreza o el dolor de la pérdida irreparable? ¿Cómo puede parecernos sencilla la angustia de una persona que no encuentra respuestas para lo inexplicable?

Cuando aceptamos que nuestra tarea va más allá de la prescripción de recursos, la gestión administrativa o la atención flotante, aceptamos que entramos en un proceso de aprendizaje complejo y difícil, orientado a permitirnos ser eficaces en situaciones complejas y difíciles.

Olfatear es oler con ahínco y de forma persistente; es lo que nos permite descubrir lo disimulado, lo encubierto.

Aquí es fácil remitirnos a la situación de trabajo con el usuario y el clásico procedimiento de analizar discurso explícito y discurso implícito. Aquí se olfatea sobre el presente y para desplegar una u otra técnica.

Nos interesa igualmente la situación más estructural y global, el Trabajo Social olfateando el porvenir, lo que nos demandarán nuestros grupos de interés. Aquí se olfatea a medio y largo plazo y se olfatea para adaptar táctica y estrategia de la profesión a los nuevos contextos sociales y demandas.

Aquí es donde cobra su máxima expresión la necesidad de adaptarse (dar respuestas eficientes) o extinguirse. Cada vez servirá menos el “oído cocina” que pone en marcha el proceso una vez conocida la demanda y cada vez será más exigible mayores grados de previsión, mayores garantías sobre las posibles contingencias, mayor control sobre los riesgos, menores tiempos de respuesta y, por supuesto, respuestas más eficientes.

5. ESENCIA FINAL

No olfato = dinosaurio/a

Sólo olfato = dinosaurio/a

¿Qué olió el trabajador social que enviamos al socorro del olfato?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Zito, Vicente. (1976). *Conversaciones con Enrique Pichon-Rivière sobre el arte y la locura*. Buenos Aires: Ediciones Cinco, 1990.